

oscuramente en el servicio de plazas, tan cansado como poco instructivo, ó en las batidas y persecuciones de malhechores.»

Añadiendo á este número los treinta á cuarenta mil hombres de milicias provinciales, ciento catorce compañías de milicias urbanas, cuarenta y una de inválidos hábiles, y las ochenta y tantas útiles que con el nombre de fi-
 jas teníamos en la Península, resulta siempre un número de hombres poco
 menos que insignificante para osar hacer frente al casi sobrehumano guer-
 rero, que sin contar trescientos sesenta y seis mil hombres de fuerzas auxi-
 liares que los estados sometidos por él ó aliados suyos podían facilitarle (1),
 tenía á sus órdenes mas de un millon de combatientes entre fuerza inter-
 rior y exterior (2). Compárese ahora la organizacion y pericia de aquellas
 legiones con los vicios y faltas de que, no obstante la útil reforma hecha por
 el príncipe de la Paz, adolecían nuestros ejércitos (3); la poblacion del impe-

(1) El reino de Italia daba al emperador por conscripcion.	88.000
El de Holanda por contingente.	50.000
El reino de Nápoles	46.000
El de Baviera.	30.000
El de Westfalia.	30.000
El de Sajonia.	35.000
El de Wurtemberg.	18.000
El gran ducado de Varsovia con la legion del Vístula.	32.000
El gran ducado de Berg y demas príncipes de la confederacion del Rhin.	40.000
Total de fuerza auxiliar.	366.000

(Véase el estado número 18 del apéndice inserto al fin del tomo primero y único de la obra titulada: *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, escrita por la tercera seccion de la comision de gefes y oficiales de todas armas &c.)

(2) La fuerza interior consistia en	
Gendarmeria.	18.483
Guardias nacionales.	424.800
Guardias de Paris.	36.000
	479.285

La exterior se componia de las fuerzas siguientes:

Guardia imperial de infanteria.	14.103
Idem de caballeria.	4.496
Idem de artilleria é ingenieros.	3.247
Cuerpo del ejército: infanteria.	507.840
Idem, caballeria.	73.193
Idem, artilleria.	50.405
Idem, ingenieros.	9.954
	663.242

Total de fuerza interior y exterior. 1.142,527

(Véase el estado citado en la nota anterior.)

(3) De esto hemos hablado algun tanto en el ya citado capítulo XVII del tomo I, refiriéndonos al general Foy. Hé aquí como discurren acerca de nuestra fuerza armada terrestre los militares españoles encargados de redactar la historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte.

«ORGANIZACION Y NUMERO. Nuestra fuerza armada terrestre se dividia en tres clases: 1.ª El ejército propiamente dicho. 2.ª Las milicias regimentadas. 3.ª Los cuerpos urbanos, fijos y territoriales. No bajaba de ciento treinta mil hombres la suma de estas clases, á las que solo faltaba mejor organizacion. El príncipe de la Paz, nombrado generalísimo en 1801, se propuso mejorar la constitucion del ejército: disminuyó las tropas de la casa real, dió nueva organizacion á los cuerpos de artilleria é ingenieros, aumentó las compañías de artilleros á caballo, formó el regimiento de zapadores-minadores agregado á los ingenieros, creó dos regimientos de infanteria ligera, y en 1808 la fuerza del ejército era de ochenta y tres mil trescientos catorce hombres de infanteria, con diez y ocho mil ciento noventa y ocho de caballeria (a) distribuidos en la forma siguiente. La guardia de S. M. constaba de tres compañías de guardias de la persona, tres batallones de infanteria es-

(a) De este número de infantes y caballos deducen los citados autores, como ya hemos dicho, las fuerzas que teníamos en Dinamarca, en Portugal y en las islas Baleares, y ademas la quinta parte del resto por las bajas naturales de enfermos, asistentes &c.; resultando por lo mismo una fuerza efectiva de 40.000 hombres de tropas regladas, en vez de los 101,512 que aparecen sin esa deduccion.

rio francés propiamente dicho (*), ascendiente á cuarenta millones de habitantes, con la nuestra, que por mas que se estire la cuenta resultante del censo publicado en 1804, no pasaba de doce; el floreciente estado interior de la Francia con el triste y ruinoso de nuestro mal traído pais (**); compárense, en fin, los inmensos recursos de Napoleon con los miserables de España al lado de aquellos; y si exceptuamos la fuerza marítima, en la cual nos llevaba proporcionalmente muy poca ventaja (***), acabaremos de concebir hasta qué punto fué desesperado el empeño de desafiar el poder mas formidable y mejor organizado que la historia reconoce en la tierra desde la dominacion romana hasta nuestros dias. Medirnos con Bonaparte en las circunstancias en que lo hicimos, equivalia á tener por contrario á todo el continente europeo, con la sola escepcion de Suecia, Sicilia y Cerdeña, adheridas á la política de la Gran Bretaña, y excepto tambien Portugal, que aunque sometido á las armas francesas, no podia sernos hostil en aquella época, por las razones que en el capítulo anterior tenemos referidas. ¿Pero qué no es dado realizar á un pueblo

pañola, tres de infantería walona y seis escuadrones de carabineros reales, cuyo total ascendia á seis mil quinientos veinte y nueve infantes, y mil seiscientos caballos. La infantería constaba de treinta y cinco regimientos de línea españoles, cuatro de línea extranjeros, seis de suizos, y doce de tropas ligeras; cuyo total era de ciento cuarenta y un batallones, y sesenta y un mil ochocientos noventa y cinco hombres. La caballería constaba de doce regimientos de línea, ocho de dragones, dos de cazadores y dos de húsares; total ciento veinte escuadrones, y diez y seis mil cuarenta hombres. El real cuerpo de artillería tenia cuatro regimientos ú ocho batallones de infantería, con seis compañías de á caballo, cuyo total era de seis mil ochocientos sesenta y ocho infantes, y quinientos cincuenta y ocho caballos. Al real cuerpo de ingenieros estaba agregado el regimiento de zapadores-minadores que constaba de dos batallones, ú ochocientos hombres, con doscientos veinte y dos minadores.

«Dueño de toda la confianza del soberano, rodeado de hombres eminentes, y teniendo á su vista los planos de todos los demás ejércitos de Europa, el generalísimo pudo haber dado al de España la forma mas adecuada á su objeto. Seria una injusticia decir que no lo mejoró considerablemente, pero aun en 1808 distaba mucho de su perfeccion. Faltaba uniformidad, faltaba conjunto, faltaba instruccion para el oficial y entusiasmo para el soldado. Los batallones de infantería de la guardia real constaban de ocho compañías, seis de fusileros, una de granaderos y otra de cazadores; los del ejército no tenian mas que tres de fusileros y una de granaderos; los de infantería suiza cinco de fusileros y una de granaderos. Las compañías de artillería á caballo estaban embebidas en

(*) Entendiéndose por tal, como debe entenderse, el conjunto de los departamentos poseídos por Francia antes de 1789, y el de los adquiridos posteriormente hasta la paz de Tilsitt, á los cuales debe agregarse la Etruria, incorporada al imperio el año 1807, y el Portugal que lo fué en el siguiente.

Si á esto se añade la Italia, la Holanda, Nápoles y Suiza, con mas los Estados de la Confederacion del Rin, países todos sujetos al Emperador, tendremos un total de 64.976.603 habitantes sumisos á sus órdenes. Tal era la poblacion de que Napoleon disponia á principios de 1808.

(Véase el estado número 8 del Apéndice á la obra arriba citada.)

(**) Los gastos del imperio francés eran tan proporcionados á los ingresos, que no solo estaban en balance, sino que hasta quedaban residuos á favor del tesoro, á pesar de sus inmensas atenciones. En 1807, por ejemplo, ascendieron los gastos á 780.330,819 francos, y las entradas á 828.272,963, escediendo por lo mismo estas á aquellos en 47.942,144 frs.

En España sucedia todo lo contrario. Calculando nuestros ingresos por el término medio de un quinquenio en el reinado de Carlos IV, ascienden á la suma de 699.500,000 reales, siendo la de las obligaciones 1.046.850,000, resultando en su virtud un déficit de 347.350,000 reales cada cinco años. ¡Y tenemos las flotas de América!

(Véanse los números 9, 10, 13 y 16 del Apéndice á la obra citada.)

(***) Los navios que el imperio tenia armados, sin contar los buques de menor porte, ascendian á 72, á saber: 26 en Amberes, 24 en Brest, 7 en Cherburgo y 15 en Tolon. Los que tenia en construccion eran 34. La fuerza marítima ascendia á 73.300 hombres.

Nuestros buques armados ascendian á 83, á saber: 16 navios, 3 fragatas y 62 corbetas, bergantines y demas buques menores, siendo los desarmados 26 de los primeros, 23 de las segundas y 98 de los terceros. La artillería, infantería, marinería y maestranza ascendia á 44,000 hombres.

«Cuando murió Carlos III (dicen los militares arriba citados) nuestra marina constaba de 73 navios, 43 fragatas, 100 buques de menor porte y 67 lanchas; los arsenales estaban bien provistos, florecientes los departamentos, y el valor é instruccion de los marineros gloriosamente acreditados. La decadencia fué rápida y espantosa... Las pérdidas que habíamos sufrido en las dos últimas guerras marítimas, la falta y escasez de dinero en los departamentos, y sobre todo el espíritu de relajacion, de disgusto y de estravagante ambicion que la prianza de Godoy habia introducido en todas las carreras, fueron las causas que mas visiblemente influyeron en la ruina de nuestras fuerzas navales. Seis navios dimos á la Francia por el tratado de San Ildefonso en 1800: cuatro habíamos perdido en el combate de San Vicente: tres fueron incendiados en la toma de la isla de Trinidad: dos se ve-laron en el estrecho de Gibraltar: dos perdimos en Finisterre: cuatro fragatas nos apresaron los ingleses en 1804 antes de declararnos la guerra; y el combate de Trafalgar nos costó doce navios.»

decidido á romper sus cadenas? ¡Así nos hubiera sido posible prescindir del concurso de la Inglaterra, y obrar por nosotros solos durante la lucha! El estado en que nos encontrábamos al inaugurarla no nos permitía hacer tanto; pero por mas que reconozcamos la triste necesidad en que nos vimos de admitir su cooperacion y sus obsequios, séanos licito lamentar un acontecimiento que nos fué despues tan fatal. España se alzó denodada para libertarse á sí misma y para libertar á la Europa: esta recogió todo el fruto de nuestro heroismo, y nosotros quedamos debajo. ¿Por qué tan ingrata cosecha de infelicidad y desventura? Dejemos, empero, para otro lugar estas consideraciones trisísimas, y hablemos ahora de gloria.

La rapidez con que se estendió la insurreccion del uno al otro extremo de la Península, llenó de sobresalto al generalísimo encargado por Napoleon de tenernos sujetos; y si bien le lisonjaba la idea de salir vencedor en último resultado, no por eso dejó de emplear cuantos medios juzgó á propósito para abreviar el plazo. Desconfiando en los de seducción para atraerse á los generales españoles y á otras personas notables, y creyendo con fundamento cuán poco debía esperar de las exhortaciones puestas en juego por sus emisarios para calmar la agitacion de las provincias, determinó desde un principio remitir su razon á la espada, y acompañar el discurso con la accion. Con cerca de 100,000 combatientes que tenía á sus órdenes y con los inmensos refuerzos que en caso necesario podria enviarle su augusto cuñado, llegó á persuadirse Murat que la lucha que daba principio debía por necesidad durar poco, porque ¿qué podian hacer los rebeldes, faltos como estaban de organizacion y de disciplina, midiéndose en un raptó de acaloramiento contra aquellas invencibles legiones, cuyas plantas besaba la Europa? ¿Dónde estaba

los batallones de á pié sin formar escuadron; no habia tren propiamente dicho para las piezas de campaña, ni pontoneros en el regimiento de zapadores-minadores. El gran número de inspecciones, que llegó á ser de doce, era un obstáculo á la uniformidad del impulso; la multiplicidad de los resortes hacia mas complicado el juego de la máquina.

«En tiempo de paz los cuerpos estaban á las órdenes del capitán general de la provincia; pero sin formar ejército, ni darle conocimiento de su situacion interior. En tiempo de guerra se formaban apresuradamente brigadas y divisiones compuestas de diferentes armas, y se ligaban entre sí, y con el general en gefe, por medio de los estados mayores que se creaban al mismo tiempo. Los generales no conocian á los gefes de los regimientos, ni podian formar juicio del estado en que se hallaban los cuerpos, y los estados mayores carecian de aquella facilidad en el manejo y celeridad en la ejecucion que nace de la costumbre. Sucedia naturalmente en las divisiones y brigadas, lo que sucederia en los batallones si de pronto se juntáran para formarlos cuatro compañías con ayudantes y gefes reciprocamente desconocidos; y así es que los primeros meses de la guerra estaban destinados á un duro y sangriento aprendizaje, hecho á costa de la vida de los soldados, á costa de la fortuna de los particulares, y á riesgo del honor de nuestras armas. Como no habia tren para la artillería, al empezar la campaña se formaban por contrata y á precios exorbitantes, brigadas de mulas que se repartian el número de piezas; pero como los conductores no eran militares, ni los ligaba la obligacion, ni los estimulaban las recompensas, solian evadirse al menor riesgo, dejando inactivos y abandonados los cañones. Propúsose varias veces al príncipe de la Paz el remedio de estos daños que tan caros costaban al rey y á los pueblos; pero todos los proyectos se estrellaron contra los cálculos mezquinos de una funesta economía, y sobre todo contra la orgullosa ignorancia, para quien es mas fácil condenar y desechar las innovaciones, que examinarlas y aprenderlas.

«Las milicias regimentadas constaban de cuarenta y dos regimientos de un solo batallon, al mando de un coronel y un sargento mayor encargado del detall y de la instruccion. El total de hombres era en 1808 de treinta y nueve mil doscientos veinte y nueve. Cada batallon tenia seis compañías de fusileros y una de granaderos. Las cuarenta y dos compañías de granaderos reunidas formaban cuatro divisiones llamadas de Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Galicia y Andalucía. Cada una de estas divisiones tenia un coronel, un teniente coronel y un sargento mayor, y sus compañías estaban repartidas en dos batallones. De este sistema resultaba para los granaderos, el inconveniente de pertenecer á su batallon natural y á la division de su provincia, dependiendo de distintos gefes; y para los regimientos el inconveniente aun mayor de que siendo ya demasiado cortos en número, sufrían una reduccion perjudicial con la saca de granaderos, y al mismo tiempo privados de este útil adorno, carecian de aquel brillo exterior y actitud militar que es necesaria á los cuerpos, para imponer á los demas y darse á sí mismos una idea ventajosa de su propia fuerza. Las divisiones de granaderos tenian ó debian tener sus asambleas en Cádiz, Coruña, Valladolid y Murcia; los regimientos las tenian en sus partidos, y habia un inspector general encargado de vigilar en sus reemplazos, cuentas é instruccion.

«Como nunca se habia tratado seriamente de plantear un sistema general de milicias exactamente

entre los españoles el gefe á quien Dios hubiese concedido una minima parte de la inteligencia eminente legada á Napoleon? Para reducir á la nada aquel ex abrupto guerrero, ahí estaba Dupont con su cuerpo de observacion de la Gironda, compuesto de 23,000 hombres; allá el venerable Monecy con el de observacion de las costas del Océano, fuerte de 25,000; acullá Duhesme con el suyo denominado de los Pirineos Orientales, compuesto de 43,400; á otra parte Bessieres, duque de Istria, con 20,000 pertenecientes al cuerpo de los Pirineos Occidentales; á otra el duque de Abrantes, Junot, con los 25,000 suyos; á otra él, que en valor indomable no cedia á ninguno; á otra, en fin, Napoleon en persona, con la Europa vencida detras, cercado del prestigio de su nombre, lleno de aquella decision y fuerza de voluntad que en nada encontraba imposibles, superior en talentos y en gloria á Alejandro, á Cesar y á Anibal, hijo mimado de la victoria y de la fortuna desposadas con él é incapaces de hacerle un desaire: hombre, en fin, que parecia destinado por la Providencia como á servir de limite á lo que la imaginacion de un poeta puede concebir de mas grande y mas asombroso en la creacion mas sublime.

Entre todas las provincias insurreccionadas llamaron con preferencia la atención de Bonaparte las mas próximas al imperio, por ser las que mas de cerca atacaban su base de operaciones. Andalucía y Valencia eran sin duda temibles; pero lo único á que al parecer podian aspirar era á contener los progresos de los franceses en su marcha invasora, ó á hacerlos retirar cuando mas hácia las provincias del Norte. Si la insurreccion triunfaba en estas, las huestes imperiales carecian de su único punto de apoyo, y hasta podian verse reducidas á tener que disputar con las armas en la mano los des-

equilibrado con la fuerza y las necesidades del estado, el conjunto se resentía de las causas accidentales y momentáneas que habian influido en su formacion parcial. El número ni era bastante para sostener el ejército, ni era proporcionado al número de habitantes, ni análogo á la situacion político-geográfica de los distritos. Las provincias de Alava, Guipúzcoa, Vizcaya, Aragon, Navarra, Cataluña y Valencia, estaban exentas de milicias, y por una preocupacion arraigada é invencible consideraban como carga este servicio, que en la realidad es el privilegio mas importante que los soberanos pueden conceder á los pueblos, y el mas claro testimonio de la confianza é interés que les merecen. Como estas provincias eran precisamente limítrofes de la Francia, suplían la falta de milicias con tercios ó batallones ligeros que se formaban en tiempo de guerra, y que no estando organizados ni instruidos de antemano, entorpecian los ejércitos, aumentando su volumen, sin aumentar proporcionalmente su fuerza.

En las demas provincias donde se habia adoptado el servicio de milicias, el número no era correspondiente á la poblacion actual. El reglamento de su creacion no se habia alterado, sin embargo de que en algunas provincias habia disminuido el número de habitantes, al paso que habia en otras aumentado considerablemente. Comparando entre sí los estados de milicias y de poblacion en 1808, resulta que en las provincias de Murcia y Granada, siendo ambas meridionales, marítimas y situadas enfrente de las costas de Africa, era tan desigual el servicio, que por cada trescientos habitantes habia tres milicianos en Murcia y solo dos en Granada. La misma desigualdad se notaba en las provincias de Estremadura y Castilla la Vieja, ambas interiores, y ambas adyacentes á la frontera de Portugal; pues en la primera por cada seiscientos hombres habia cuatro milicianos, y tres en Castilla la Vieja. En Castilla la Nueva y Asturias habia un miliciano por cada cuatrocientos habitantes, y dos por cada quinientos en Mallorca, Jaen, Córdoba y Sevilla. Además de que nunca trató el Gobierno de equilibrar este servicio de milicias, las alejaba de sus provincias con sobrada facilidad, sin considerar que sacados estos regimientos de la parte mas viva y útil de la poblacion, deben ser empleados con muchísimo miramiento, y solo en el caso de absoluta necesidad, para que no desmaye la agricultura, ni queden privados un sin número de familias del apoyo necesario para vivir. A fines de 1807 las divisiones de granaderos se hallaban en Lisboa, y setenta y cuatro compañías de fusileros estaban destinadas al servicio de la artillería.

Los cuerpos locales que constituían la tercera clase de nuestra fuerza armada se componian: 1.º De milicias urbanas, que nunca salian del recinto de las ciudades ó poblaciones en cuya guarnicion se empleaban: 2.º Del cuerpo de inválidos hábiles: 3.º De compañías fijas. Las milicias urbanas formaban ciento catorce compañías, de las cuales doce en la Coruña, cuarenta y dos sobre la frontera de Portugal, cincuenta y cinco en las costas meridionales desde Cartagena al Puerto de Santa María, y cinco en Ceuta. El cuerpo de inválidos hábiles constaba de cuarenta y una compañías que servian de retiro á los veteranos, á quienes la edad y achaques no imposibilitaban del todo. Las compañías fijas eran dos de caballería destinadas á la guarnicion de Ceuta, y ochenta y tres de infantería, de las cuales sesenta y dos eran de artilleros veteranos, dos guarnecian Melilla, una el Peñon, otra Albuemas y otra Rosas: ninguna de estas salian del recinto de las for-

gladeros del Pirineo, con grave riesgo de encontrar su tumba en aquellos lugares, si los sucesos de la guerra las obligaban á trasponerlos en retirada. Diéronse, pues, órdenes ejecutivas á los generales franceses, á cuyas órdenes estaban los cuerpos de los Pirineos Orientales y Occidentales, para sofocar la insurreccion á toda costa en el rádio de sus respectivos distritos, y el mariscal Bessieres, cuyo cuartel general estaba en Burgos, comenzó á mover sus falanges contra los insurgentes de Castilla la Vieja.

Hallábase sublevada la Rioja, y los principales focos de la insurreccion eran Calahorra y Logroño. El general Verdier salió de Vitoria el 2 de Junio con dos batallones y ciento cincuenta caballos, consiguiendo el 6 una fácil victoria sobre el inesperto y mal armado paisanage de aquella poblacion, segun tenemos referido en el capítulo que antecede. Derrotados aquellos patriotas, y habiendo dejado en poder del enemigo seis malos cañones, de los cuales por otra parte ni aun sabian servirse, hizo el general francés fusilar inhumanamente á los que mas se habian señalado por su decision y patriotismo, y hechos estos escarmientos, como él los llamaba, restituyóse á Vitoria. Frere por su parte se habia tambien apoderado de Segovia, y los primeros choques con el enemigo no podian en verdad ser mas tristes en la desgraciada Castilla.

La salida de Verdier de la capital de Alava para dirigirse á la Rioja, coincidió con la que hizo de Burgos el general de division Merle al frente de seis batallones, doscientos caballos y ocho piezas de artilleria, encaminando su marcha á la provincia de Santander. La insurreccion de esta parte de España tenia sobremanera inquieto á Napoleon, quien sabiendo que la Inglaterra preparaba algunas expediciones, temió que los puertos de Santoña y de Santander servirian de asilo á sus naves sino se anticipaba á aquel golpe. Separada aquella

tificaciones. Las diez y seis restantes estaban destinadas á la persecucion de contrabandistas y malhechores, con el titulo de escopeteros de Getares, de Andalucia, de Valencia; con el de guardacostas en Granada, y fusileros ó miñones en Aragon.

«Todos estos cuerpos estaban á las órdenes de los respectivos comandantes militares de los distritos, y apenas existian mas que en el nombre. Entre las milicias urbanas, unas tenian comandante, segundo comandante y sargento mayor: otras solo un comandante con sargento mayor, otras dos comandantes sin sargento mayor y otras solo un comandante. Bien se ve que tales urbanos, en nada se parecian á las compañías departamentales de Francia, asi como nuestros escopeteros y fusileros tampoco eran comparables, ni por el número, ni por la organizacion, ni por los resultados, á la gendarmeria francesa.

«*Reemplazo.* Para el reemplazo del ejército se empleaban los medios de enganche y compra ó recluta voluntaria, y los de quintas y levas que pueden comprenderse bajo la voz de *recluta forzada*. No nos corresponde discutir si conviene al estado actual de nuestras costumbres el asimilar el honroso servicio de las armas, con los trabajos ignominiosos y viles que se imponen por castigo: lo que podremos afirmar como militares es, que los vagos y mal entretenidos carecen regularmente de honor y subordinacion, que son las primeras virtudes del soldado, emponzoñan con su perverso ejemplo á los que sin él fueran excelentes servidores, y degradan la noble carrera militar, confundiendo bajo un mismo uniforme al delincuente y al honrado.

«Es bien sabido el modo con que se verificaban las quintas; las innumerables exenciones que habia, y las injusticias y vejaciones á que estas daban lugar. No examinamos este punto que pertenece á la legislacion: consideramos solamente el daño que resultaba al ejército de la falta de método y justicia en los reemplazos, ya porque provocaba la desercion de los que se veian notablemente perjudicados y desatendidos, ya porque dejaba frecuentemente incompletos los cupos de las provincias, ya porque producía interminables retardos.

«Si eran injustos ó poco decorosos los medios de recluta forzada, no eran mejores los de reemplazo voluntario. Todas las ciudades del reino estaban pobladas de enganchadores que hacian tanta falta en sus regimientos, como perjuicio en los pueblos donde corrompian las costumbres, y ofrecian un asilo á los mozos que aborrecian el trabajo, ó reñian con sus padres, ó tenian algun recelo de la justicia. El vino y el juego eran los atractivos mas inocentes que solian emplearse; las mas veces se arrancaban poco menos que á la fuerza las promesas de servir al rey, ó se hacian válidas las palabras pronunciadas sin conocimiento y entre los humos de la embriaguez. En Cataluña, donde no se habia adoptado el sistema de quintas, se compraban, á espensas de los pueblos, hombres voluntarios que regularmente adolecian de los mismos vicios morales que los vagos, y eran muy poco idóneos para la fatiga.

«*Instruccion.* Si el gobierno habia sacado poco fruto de las compañías de Francia, no habian sido igualmente estériles para todos los oficiales. La táctica prusiana que el gran Federico empleó con tanta gloria en sus memorables batallas, y que Guibert desenvolvió con tanto aplauso en sus escritos, habia sido adoptada por los ejércitos republicanos en el año de noventa y tres, y sus ventajas eran demasiado palpables para que no se considerara como indispensable el apropiárselas, sopena de caer

provincia de la de Burgos por una cadena de espesas montañas, tienen ambas abierta su comunicacion por Reinosa, y una vez ocupado este punto por los insurgentes, podian caer en Castilla la Vieja y complicar la situacion en perjuicio de los franceses. Hemos visto la decision de aquellos esforzados naturales, y hemos visto tambien la actividad con que el nuevo capitán general Velarde se dirigió con el paisanage y algunos milicianos de Laredo á ocupar á Reinosa, mientras su hijo con menor fuerza se apostaba en la venta del Escudo, otro de los principales pasos de las montañas, quedando defendido igualmente el puerto de los Tornos por algunas partidas sueltas. Llenos los montañeses de entusiasmo, esperaban el momento de medirse con las tropas francesas, creyéndose invencibles en aquellas posiciones, cuando llegando Merle á las inmediaciones de Reinosa el dia 4, conoció la vanguardia española situada en Canduela que no le convenia esperarle en aquel punto, por lo cual volvió atrás con los cuatro cañones que llevaba, pasando rápidamente por Reinosa en busca de posicion mas favorable. Preparábase Merle el dia 5 á forzar el paso, y los españoles á resistirle; pero habiendo aquel recibido orden de volver atrás, abandonó el campo repentinamente, quedando los nuestros en la persuasion de haberle intimidado con su actitud en aquellas montañas.

No era, empero, este el motivo de la retirada de Merle. Valladolid acababa de alzarse, y el general Cuesta se habia visto precisado á dirigir la insurreccion, so pena de esponerse á una catástrofe. Este movimiento llamó la atencion de Bessieres con tanto mas motivo cuanto mas importancia tenia la ciudad sublevada, no ya por su posicion favorable ó por contar con grandes medios de resistencia, sino por lo que podia influir en la opinion y en

en una peligrosa inferioridad. Reunióse en Estremadura á fines de 1796 un pequeño cuerpo de tropas en *acantonamientos de instruccion*, y aunque todos estaban convencidos de que este título era solo un pretexto que encubria alguna mira política, sin embargo, el general Pardo Figueroa y el mayor general don Francisco Eguía, se ocuparon con particular esmero en promover la instruccion de los oficiales, y ejercitar las tropas reunidas en aquel canton. Diéronse á los sargentos mayores unos cuadernos manuscritos, en los cuales nada se innovaba en el manejo del arma, pero sí en los pasos y en las evoluciones de batallon, dando ademas algunas nociones, bien que muy concisas, de las evoluciones en linea. Desvaneciése la causa política que habia motivado la formacion del acantonamiento, y así se disolvió á fines del mismo año de 97, sin haber producido el deseado efecto de mejorar la instruccion militar; antes bien introdujo la mas estravagante discordancia en los ejercicios, en términos de que las evoluciones y voces de mando eran distintas entre los batallones de un mismo regimiento, según que habian asistido ó no á la escuela de Estremadura.

Conoció el ministro de la Guerra, don Manuel Alvarez, en 1798 la necesidad de uniformar la táctica, tanto de infanteria como de caballeria, y al mismo tiempo que el general Pardo Figueroa mandaba traducir literalmente el reglamento francés de 1793 para la primera, el marqués de Casa-Cajigal trasladó al castellano el reglamento de 1788 para la segunda. Aprobó el gobierno los nuevos reglamentos, los mandó observar por todo el ejército, y señaló para las asambleas de la infanteria las ciudades de Avila y Trujillo, y la de Almagro para la caballeria. Hallábanse ya en camino los ayudantes de todos los regimientos, y un oficial por compañía con el correspondiente número de sargentos, cabos y soldados, cuando una miserable intriga trastornó todos los proyectos. Pardo Figueroa fué removido de la inspeccion de infanteria; el marqués de Casa-Cajigal, nombrado para dirigir la asamblea de Almagro, fué destinado á Galicia; y se mandó á todos los cuerpos del ejército que se uniformasen en la táctica, retrocediendo á la que estaba prescrita por las ordenanzas de S. M. desde el año de 1798.

Después de la guerra de Portugal en 1802, el inspector don Francisco Negrete, deseando hacer cesar el desconcierto y abusos que se notaban en la escuela de compañías y batallones, encargó á don Joaquin Blake, entonces coronel del regimiento de la Corona, la formacion de un manual de instruccion para toda la infanteria, y le mandó ensayarlo con los batallones de su regimiento que se hallaban entonces en Getafe. Asistió Negrete á los ensayos y pareció aprobarlos; pero sin embargo, no se revocó positivamente la orden dada en tiempo de Oquendo; y así es que en muchos regimientos subsistia aun la antigua escuela del año 68, en otros se maniobraba según la táctica de 96, en algunos se ejecutaban las evoluciones del reglamento de 98, y el desorden llegó á tal punto, que hubo paradas de guarnicion en que los soldados de distintos regimientos cargaban el fusil de distinto modo. Entretanto el teniente general don Francisco Solano, gobernador de Cádiz, entusiasta del brillo militar, tenia frecuentes y vistosas paradas, en las cuales se evolucionaba según la instruccion que se dió en noviembre del año 96, y cuya ejecucion estaba prohibida por el gobierno. Como los mas de los capitanes generales de las provincias se hallaban excesivamente ocupados ó imposibilitados de vigilar el servicio de las tropas, y la opinion pública estaba tan justamente decidida sobre la insuficiencia de la antigua ordenanza, los coroneles adoptaban sin escrúpulo las variaciones que

el alzamiento de otras poblaciones, como de hecho influyó desde luego, dejando á Besieres absorto en medio de un semicírculo de gentes insurreccionadas casi á las mismas puertas de Burgos, cortando su comunicacion con Madrid y amenazándole con mayores males sino se apresuraba á apagar el incendio. Esto y la circunstancia de hallarse puesto al frente de la insurreccion de Valladolid un general de crédito como Cuesta, obligó á Besieres á dilatar por algunos dias la ocupacion militar de la provincia de Santander; y de aqui la retirada de Merle para reunirse con el general Lasalle, quien habiendo recibido orden de marchar inmediatamente sobre la capital de Castilla la Vieja, salió de Burgos el 5 al frente de cuatro mil infantes, setecientos caballos y diez piezas de artillería, llegando delante de Torquemada el 6 á la caída de la tarde.

Esta villa importante está situada á la orilla derecha del Pisuerga, donde tiene un molino con iglesia y fábrica. La orilla izquierda está descubierta y dominada, sirviendo de comunicacion entre la una y la otra un bellissimo puente de piedra, cuya longitud es de cuatrocientos pasos. Quinientos paisanos armados ocupaban las casas y la iglesia, y á fin de impedir el paso del enemigo, habian atrancado el puente con carros, cadenas y vigas. Varios habitantes acababan de abandonar el pueblo creyendo imposible la resistencia, quedando en él los mas acalorados. Los tiros inseguros y mal dirigidos con que el paisanage creyó detener á los franceses, no arredraron á estos, y avanzando á paso de carga una columna enemiga, consiguió apoderarse del puente. Arrojando entonces al rio las carretas y demas estorbos que impedian el tránsito, entraron los franceses en la poblacion sin mas dificultad, no costándoles esta accion sino algunos heridos. Los defen-

les parecian mas oportunas, ó bien copiándolas de los diferentes manuales y reglamentos que se habian circulado en distintas épocas, ó inventándolas á su albedrío.

«La division española que fué á Etruria en 1806 á las órdenes del general O-Farril, se conformó al reglamento de 98, y á la verdad hubiera sido ridiculo y aun vergonzoso que unos soldados de la mejor disposicion, y vestidos con uniformes europeos, brillantes y de buen gusto, conserváran los viejos resabios que la Europa militar habia proscrito. Por fin, en 1807 la conviccion pública y la necesidad logró torcer la pueril oposicion de los rutinistas, y cuando tuvieron que reunirse nuestras tropas con las de Junot y de Bernadotte se mandó observar el reglamento de Pardo Figueroa, que era, como hemos dicho, el mismo que se dió á la infantería francesa en 1793. De este modo se puso fin al desórden escandaloso y á la fermentacion que habia durado por espacio de doce años en un punto tan esencial como el de la táctica.

«No era menor el descuido con que el gobierno miraba la educacion física y moral de los oficiales. Está demostrado que solo en los colegios pueden educarse los jóvenes ó instruirse á un mismo tiempo. Las academias y demas establecimientos á que concurren los alumnos en horas y dias determinados, podrán llenar á lo mas uno de los objetos principales, que es la enseñanza ó instruccion; pero dejan enteramente incompleta la otra parte no menos esencial, que consiste en escitar y desenvolver las virtudes militares y cívicas, y en acostumbrar desde los mas tiernos años el ánimo á la subordinacion, y el cuerpo á la fatiga. Despues que se cerraron los colegios de Ocaña y Puerto de Santa-Maria, la enseñanza de los cadetes quedó confiada en cada regimiento á un oficial que regularmente se limitaba á instruirlos en los primeros rudimentos de aritmética y geometría, y en hacerles aprender de memoria las ordenanzas generales y la escuela del recluta, de compañía y de batallon. Y aun solian olvidar estas lecciones luego que salian á oficiales, ya porque los ejemplos de una fácil y rápida elevacion debida á la intriga y no al mérito les hacia mirar á este como inútil, ya porque carecian de medios y aun de tiempo para instruirse.

«En España no habia guerras, ni campos, que son las escuelas prácticas donde se forman las tropas, y los autores que enseñaban la teoria de la guerra eran poco conocidos. Los mas de nuestros oficiales ignoraban hasta los nombres de las obras militares, y los pocos que las conocian, ni las hallaban en nuestras bibliotecas, ni tenian medios para hacerlas traer de reinos estrangeros. Nunca pensó el gobierno en hacer traducir y circular los escritos militares que abundaban en los demas paises, ni en poner bibliotecas para los militares en las ciudades principales. Antiguamente los sargentos ascendian con mucha dificultad al grado de oficiales; posteriormente se allanó esta odiosa valla, y estableció por regla general que los sargentos alternasen con los cadetes en las promociones. No podia darse una providencia mas justa que la de extinguir la aristocracia militar, y ofrecer iguales premios á los que corrian iguales riesgos. Nada era mas capaz de inflamar la noble ambicion del guerrero que la posibilidad de trocar el fusil por el baston de general; pero el gobierno, al tiempo de dictar tan sabia medida, debiera haber previsto y evitado sus inconvenientes, cuidando con mayor esmero de la educacion física y moral de unos hombres á quienes permitia aspirar y ascender hasta las primeras gerarquias del estado, y que por desgracia carecian generalmente aun de la cultura indispensable para llenar con decoro los grados mas inferiores de la milicia.